

STATINTL

The champions of tolerance depart

Three moderates in an immoderate administration have left their posts in recent months. Their departure strengthens the hand of extremists and weakens the chances that the United States will pursue a wise foreign policy.

Adm. Bobby Ray Inman, once deputy director of the Central Intelligence Agency, has withdrawn to the private sector. He was weary of battling officials who wanted the CIA to return to domestic spying. Alexander Haig quit as secretary of state in late June, citing the disappearance of "consistency, clarity and steadiness" from U.S. foreign policy. And Gen. David Jones retired after completing a second term as chairman of the Joint Chiefs of Staff; administration officials were unhappy with his support for SALT II, the strategic arms agreement they called "fatally flawed."

Competent men have replaced Inman, Haig and Jones, but none has recent high-level political experience. So for now, the National Security Council has lost its dissenting contingent, and none of the dissenters has left on particularly good terms. The irony is that these three former officials were considered conservatives in the Carter administration. But in the Reagan camp, they were seen as

decidedly out of step. Their departure may bring more tranquility to the White House, but it may also bring a right-wing sameness to administration policy.

Inman, Haig and Jones contributed an invaluable perspective in their government jobs. They were professionals among ideologues: They saw that America cannot advance its interests if its first step is to alienate allies. They were realistic enough to recognize the limitations of government's power. The United States, they knew, cannot successfully bully its friends into risking their security in order to punish the Soviet Union. And in spite of some early wild talk by Haig of nuclear "warning shots," the three were the administration's strongest advocates of arms control.

These attitudes are lacking in the Reagan administration, which lately has shown little willingness to heed the good advice of its former moderates. It is unfortunate that the tolerance exhibited by Inman, Haig and Jones can no longer influence U.S. policy. Their voices once helped calm and channel the administration's intemperate ideology. Their departure mean a loss of experience and restraint.

La última administración norteamericana ha sido pródiga en eso de mostrar las costuras de sus contradicciones internas. Al cabo de año y medio, los integrantes del equipo Reagan continúan inmersos en la turbulencia de una no declarada lucha por la elevación del poder personal.

Richard Allen, ex-asesor de Seguridad Nacional y Alexander Haig, ex-secretario de Estado, ambos en los más altos estratos de la formulación y ejecución de la política exterior, perecieron en última instancia, a consecuencia del mismo mal.

Otros, menos notables, también han caído en las constantes querrelas palaciegas.

Una historia increíble aconteció tras las almenas y torreones de la Agencia Central de Inteligencia, un combate de corte medieval, verdadera "guerra oculta" entre los más altos dirigentes de la CIA.

Las revelaciones acerca de los negocios fraudulentos del director William Casey, que motivaron su cuestionamiento por el Congreso y que "casi" le cuestan el puesto; la dimisión del jefe de Operaciones Max Hugel y la renuncia del subdirector Bobby Inman, son escenas ilustrativas de las pugnas que desgastan a la Agencia.

LOS CONTENDIENTES

Bobby R. Inman. Para el colega Robert Sam Anson, quien en mayo pasado publicó un extenso artículo apologético, adornado con las desnudeces de las "conejas" de *Playboy*, el ex-segundo de la Agencia encarna la *kalokagatia* (el ideal de perfección humana de los antiguos griegos).

¿Fuma? No fuma. ¿Bebe? No bebe? ¿Es inteligente? Casi una computadora —mejor aún para Anson—. Se opuso a lo malo dentro de la CIA y no pudo resistir la tentación de retirarse para educar a sus dos hijos varones en edad de estudiar en la universidad.

El "más ingenioso de los espías" ha llevado una apacible, doméstica y clandestina existencia durante sus cincuenta años de vida, buena parte de ellos dedicados a la actividad de inteligencia.

Su ascendente carrera tuvo su punto más alto en los años en que

GOOD BYE, BOBBY

por: Reynaldo Lugo

La renuncia del subdirector de la Agencia Central de Inteligencia: un capítulo de las contradicciones internas del gobierno de los Estados Unidos.

fungió como director de la Agencia Nacional de Seguridad, NSA, la multimillonaria hermana de la CIA encargada del espionaje electrónico.

¿Su aspiración? Ser jefe de la "Inteligencia Central", o sea, de toda la "Comunidad de Inteligencia", puesto reservado a quien ocupe el trono en la CIA.

Entonces, ¿su aspiración? Ser di-

la necesidad de soltar las manos a la CIA para la realización de inteligencia doméstica, según ellos era un técnico y nada más.

No obstante, después de muchos "pensar y pensar" —según el decir del colega Anson—, aceptó el puesto de subdirector de la "Compañía".

Como buen analista, al fin y al cabo, Inman pensó que una vez den-



Bobby Inman casi se convierte en el director de la CIA...

... pero William Casey se lo impidió.

rector de la CIA. Y por poco lo es, si no fuera por... Casey.

Apoyado por numerosos congresistas, a la llegada de Reagan a la Casa Blanca, Inman era el más fuerte candidato. Pero, los "duros" de Reagan consideraban que el vicealmirante era un "flojo" que no podría asimilar la "nueva política" en perspectivas, un conservador incapaz de entender

tro y contando con su tan alabado y mal digerido talento, podría liquidar a Casey... y comenzó a destilar veneno.

William Casey. Fue a parar a la CIA pero igual hubiera podido ser nombrado secretario del Tesoro... es uno de los íntimos del presidente.

Cuando Ronald Reagan pasó lista en la puerta del Despacho Oval, se

acordó de que Casey, el director de su campaña electoral, allá por los años 40, había combatido en la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos).

—¿Qué puesto le damos, boys?

—La CIA —respondieron los acó-
litos.

—Que así sea.

Y hacia Langley corrió Casey, Ci-
ción para sus allegados, sin perder
un minuto. Pero no partió solo; su
ayudante en la campaña electoral,
Max Hugel también subió a la "li-
mousine", y llegó al Cuartel General
de la CIA en calidad de jefe de los
Servicios Clandestinos (División de
Operaciones). Todo estaba bien, ex-
cepto... que Hugel no conocía en
lo absoluto su nueva profesión.

EL ESTILETE

¿Qué hizo Inman? Dejó correr un
poco de tiempo y mientras se gran-
jeaba las simpatías del Congreso y
la prensa, afilaba su arma punzante.

Su primer golpe debía ser demole-
dor. Sabía que no tendría tiempo de
dar el segundo —este principio lo
aprendió en los jueguitos nucleares
de la Marina—. Programó su "com-



puter" y aprovechando la informa-
ción, la tantísima información, ate-
sorada en la NSA, tiró a sus enemi-
gos por los archivos. Resultados:

W. C.: Había violado la legislación
del país al no registrarse como
"agente extranjero" cuando repre-
sentaba, como abogado, los intereses
económicos del gobierno indonesio.
Durante ese tiempo influenció en

funcionarios norteamericanos a fa-
vor de su cliente.

Como si fuera poco, Inman encon-
tró informaciones acerca de la forma
en que Casey y otros miembros de
la firma **Multiponies Inc.** engañaron
a sus inversionistas, obteniendo de
ello cerca de cuatro millones de dó-
lares por concepto de operaciones
y compras de tierras.

M. H.: Se le comprobaron "prác-
ticas impropias e ilegales" en el
mundo bursátil norteamericano en la
década del 70. La actividad ilícita de
Hugel estaba encaminada a incre-
mentar la cotización de las acciones
de una firma encabezada por él.

Suficiente: No se le escaparían.

LA ESTOCADA

Inman preparó su golpe conclenzu-
damente, sin dejar una hebra fuera
de la urdimbre, como correspondía
a un ser con reputación de super-
espía.

El plan, en síntesis, consistió en
propiciar un escándalo a lo Water-
gate, que tuviera una honda reper-
cusión en la opinión pública. Empe-
zaría por Hugel, que le serviría de
detonador. Para ello, buscó y com-
pró a los testigos necesarios: los
hermanos Mc Nell, cómplices en los
turbios manejos de Hugel y puso en
sus manos las cintas de las graba-
ciones de conversaciones telefóni-
cas que demostraban la veracidad de
la acusación.

Esto último fue un desliz de Inman,
toda vez que —aunque no se dije-
ra—, la presentación de grabaciones
haría sospechosa a la NSA de estar
vinculada a los testigos, ya de por
sí extraños y extemporales.

Cuando el *affaire* Hugel estuviera
en su clímax, entonces le tocaría el
turno a Casey. Senadores simpati-
zantes de Inman, comenzarían una
campaña en el Comité de Inteligen-
cia del Senado para la destitución
del director de la CIA.

Todo funcionó como estaba pre-
visto. Los primeros días de julio de
1981, los hermanos Mc Nell presen-
taron al diario *Washington Post* prue-
bas de las actividades ilegales del
jefe de Operaciones de la Agencia.

Para evitar mayores implicaciones
se le ordenó que renunciara a su
cargo.

El 25 de julio, esta vez en *The
New York Times*, William Casey fue
acusado de violar las leyes norte-

americanas. El Comité de Intelligen-
cia del Senado se reunió y Barry
Goldwater, su presidente, la empre-
dió contra Casey.

La victoria ya rondaba cercana,
cuando... Reagan, a pesar de las
acusaciones, apoyó públicamente al
ex-jefe de su campaña electoral.

El presidente echó tierra al asun-
to. Casey era un hombre suyo y no
estaba dispuesto a permitir que estas
vibraciones fueran refractadas hacia
su persona. Además, Casey era el
tipo que él quería al frente de la
CIA y no a otro. Con esto, quedaba
demostrado que el nuevo presidente
de los EE.UU. no permitiría "juegui-
tos democráticos" del estilo Nixon.

Como es lógico, la imprevista de-
cisión dictatorial paró en seco a
todo el mundo; a Goldwater el pri-
mero.

Inman, como "ser perfecto", supo
enseguida que el tiempo que le que-
daba en el gobierno era sólo el sufi-
ciente para evitar que se identificase
con claridad una lucha por el poder
dentro de la CIA.

Vino el período de depresión de
Bobby. Su resplandeciente y caris-
mática "sonrisa de dientes separa-
dos" se tornó melancólica; sus inter-
venciones en el Congreso, desafortu-
nadas... "Desde entonces, apenas
se le ha visto. No parece el Bobby
Inman de antes" —dice lleno de pe-
sar el amigo Anson.

A mediados de abril del presente
año, el subdirector de la "Compa-
ña" firmó su renuncia.

La CIA es un barco que se hunde.
Por su banda de babor una grieta
hace agua a pesar de las cuadernas
y tablonés que Reagan clava en sus
entrañas...

Una vieja fábula, escrita por Eso-
po en el siglo VI A.N.E., bien pudiera
servir para ilustrar esta historia de
dardos y punzonadas...

"Viajaban en el mismo barco dos
enemigos irreconciliables; y para no
correr la contingencia de reunirse,
se sentó uno en la proa y el otro en
la popa de la nave. Estalló una terri-
ble tempestad; y al ver que el buque
zozobraba, el de la popa preguntó al
piloto qué parte de la embarcación
se hundiría primero. Como el piloto
contestase que la proa, le dijo lleno
de placer:

"—Entonces no siento morir, por-
que antes voy a contemplar la muer-
te de mi enemigo."

Good by, Bobby...